



BIBLIOTECA IBEROAMERICANA EN ESTUDIOS SOCIALES

Formación para la crítica y construcción de territorios de paz

Claudia Luz Piedrahita Echandía

Pablo Vommaro

María Cristina Fuentes Zurita

(Editores)



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS



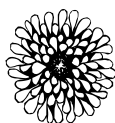
Doctorado en Estudios Sociales
Universidad Distrital Francisco José de Caldas



CLACSO



BIBLIOTECA IBEROAMERICANA EN ESTUDIOS SOCIALES



Formación para la crítica y construcción de territorios de paz

Claudia Luz Piedrahita Echandía

Pablo Vommaro

María Cristina Fuentes Zurita

(Editores)



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS



Doctorado en Estudios Sociales
Universidad Distrital Francisco José de Caldas



CLACSO

Formación para la crítica y construcción de territorios de paz / Claudia Luz Piedrahita Echandía, Pablo Vommaro, María Cristina Fuentes Zurita, editores. – 1a. ed.-- Bogotá : Universidad Distrital Francisco José de Caldas : CLACSO : Editorial Magisterio, 2017.
p. – (Biblioteca iberoamericana en estudios sociales)

Incluye referencias bibliográficas y datos biográficos del autor al final de cada capítulo.
ISBN 978-958-20-1281-6

1. Paz- Ensayos, conferencias, etc. 2. Cultura de paz- Ensayos, conferencias, etc. 3. Educación para la paz- Ensayos, conferencias, etc. I. Piedrahita Echandía, Claudia Luz, ed. II. Vommaro, Pablo, ed. III. Fuentes Zurita, María Cristina, ed. IV. Serie

CDD: 303.66 ed. 23

CO-BoBN – a1002576

Formación para la crítica y construcción de territorios de paz

Biblioteca Iberoamericana en Estudios Sociales

© Autores varios

© Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Doctorado en Estudios Sociales

Libro ISBN: 978-958-20-1281-6

Primera Edición: año 2017

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Rector (E): Dr. Carlos Javier Mosquera Suárez

Vicerrector Académico: Dr. Giovanni Rodrigo Bermúdez Bohórquez

Vicerrector Administrativo: Dr. Eduard Pinilla Rivera

Decano Facultad de Ciencias y Educación: Dr. Mario Montoya Castillo

Directora Doctorado en Estudios Sociales: Dra. Claudia Luz Piedrahita Echandía

CLACSO – Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Secretario Ejecutivo: Pablo Gentili – Secretario Ejecutivo de CLACSO

Directora Académica: Fernanda Saforcada

Área de Desarrollo de la Investigación:

Coordinador: Pablo Vommaro

Asistentes: Rodolfo Gómez, Teresa Arteaga, Giovanni Daza, Alessandro Lotti y Ángel Dávila

Área de Producción Editorial y Contenidos Web:

Coordinador Editorial: Lucas Sablich

Coordinador de Arte: Marcelo Giardino

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

EEUU 1168 | C1101 AAX Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145/9505 | Fax [54 11] 4305 0875 | e-mail clacso@clacso.edu.ar | web www.clacso.org

CLACSO cuenta con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)

Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

Comité Editorial

Claudia Luz Piedrahita Echandía: Universidad Distrital, Colombia
Andrés Fernando Castiblanco Roldán: Universidad Distrital, Colombia
Adrián Serna Dimas: Universidad Distrital, Colombia
Álvaro Díaz Gómez: Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia
Luis Alberto Herrera Montero: Universidad Nacional de Educación, Ecuador
Nuria Romo Avilés: Universidad de Granada, España
Antonio Marmolejo Oña: Universidad de Málaga, España

Comité Científico

Fernando González Rey: Universidad de Brasilia, Brasil
Pablo Vommaro: CLACSO, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Germán Muñoz: Universidad de Manizales, Colombia
François Joutard: Universidad Católica de Lovaina
Axel Didriksson: Universidad Nacional de México, Red GUNI
Eduardo Alfonso Rueda Barrera: Pontificia Universidad Javeriana, Colombia
Sara Victoria Alvarado: CLACSO, CINDE y Universidad de Manizales, Colombia
Jesús Martín Barbero: Universidad del Valle, Colombia

Edición: Cooperativa Editorial Magisterio

Diseño y diagramación: Hernán Mauricio Suárez Acosta

Impresión:

Impreso en Colombia

Investigadores e instituciones que crearon la Red Iberoamericana en Estudios Sociales-RIES en el año 2014 en Bogotá-Colombia.

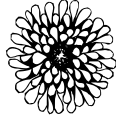
No	Nombre	Instituto / Universidad	País	Cargo
1	Claudia Luz Piedrahita	Doctorado en Estudios Sociales / Universidad Distrital Francisco José de Caldas	Colombia	Directora de programa de postgrado
2	Adrián Perea	Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria / Universidad Distrital Francisco José de Caldas	Colombia	Director de programa de postgrado
3	Oscar Useche	Director del Programa de Estudios y promoción de la Paz y la Ciudadanía (SOYPAZ)/ UNIMINUTO	Colombia	Director de Centro de Estudios
4	Carlos E. Martínez	Maestría en paz, desarrollo y ciudadanía. UNIMINUTO	Colombia	Director de programa de postgrado
5	Alfonso Torres	Facultad de Humanidades / Universidad Pedagógica Nacional	Colombia	Decano facultad de Ciencias Sociales
6	Justo Cuño	Colegio de América – Universidad Pablo de Olavide	España	Director Centro de Estudios
7	Nuria Romo Avilés	Instituto de Estudios de las Mujeres y de Género, Universidad de Granada	España	Docente Investigadora
8	María José Cano	Instituto de la paz y los conflictos	España	Directora Centro de Estudios
9	Pablo Vommaro	UBA- CLACSO	Argentina	Investigador UBA-Director Grupos de Trabajo CLACSO
10	Willy Soto	Universidad Nacional de Costa Rica	Costa Rica	Docente Investigador
11	Dolores Miranda	Universidad de Puerto Rico	Puerto Rico	Directora Departamento de Psicología.
12	Axel Didriksson	Red GUNI Universidad Nacional Autónoma de México	México	Director de la RED GUNI para América Latina
13	Mbare Nomgo	Universidad de Morgan	USA	Director Programa de postgrado
14	Cruz Prado Rojas	Universidad de La Salle Costa Rica	Costa Rica	Directora Programa de postgrado
15	Antonio Álvarez	Universidad de la Habana	Cuba	Director de la Red de Estudios Postgraduales de Historia
16	Antonio Marmolejo	Universidad de Málaga	España	Docente investigador
17	Norman Solórzano	Universidad Nacional de Costa Rica	Costa Rica	Vicerrector Académico



Investigadores e instituciones que participaron en el “II Encuentro Internacional en Estudios Sociales”

No	Nombre	Institucion	País
1	Adrián Eduardo Serna Dimas	Universidad Distrital FJC	Colombia
2	Adrián José Perea Acevedo	Universidad Distrital FJC	Colombia
3	Amalia Morales	Universidad de Granada	España
4	Antonio Marmolejo Oña	Universidad de Málaga	España
5	Axel Didriksson Takayagani	Red GUNI Universidad Nacional Autónoma-UNAM	México
6	Carmen Egea	Universidad de Granada	España
7	Claudia Luz Piedrahita	Universidad Distrital FJC	Colombia
8	Cruz Prado Rojas	Universidad de La Salle	Costa Rica
9	Germán Carrillo García	Universidad de Murcia	España
10	María José Cano Pérez	Universidad de Granada	España
11	Mario López Martínez	Universidad de Granada	España
12	Nuria Romo Avilés	Universidad de Granada	España
13	Oscar Useche Aldana	Universidad Minuto de Dios	Colombia
14	Pablo Vommaro	CLACSO – Grupos de Trabajo Universidad de Buenos Aires CONICET	Argentina
15	Víctor Germán Sánchez Arias	Universidad Nacional Autónoma de México	México
16	Willy Soto Acosta	Universidad Nacional de Costa Rica	Costa Rica
17	Andrés Castiblanco Roldán	Universidad Distrital FJC	Colombia
18	Miriam Borja Orozco	Universidad Distrital FJC	Colombia





Territorios, juventudes y politizaciones: configuraciones generacionales y producción de espacios para la paz

Pablo Vommaro

Presentación

Si pensamos en las formas de producción política en diferentes regiones de América Latina en las últimas décadas, el protagonismo juvenil se convierte no solo en un elemento de visibilidad insoslayable, sino también en una clave de análisis e interpretación. En este artículo proponemos que la dimensión generacional es una vía de comprensión muy productiva para pensar tanto las modalidades de la política hoy, constituyendo lo que denominamos las formas generacionales de la política (Vommaro, 2015), como para indagar en los procesos de politización del espacio y emergencia de territorios, en tanto ámbitos de disputas por lo público y emergencia de composiciones para la paz.

Entre los rasgos principales de estas configuraciones generacionales que analizamos en otras publicaciones (Vommaro, 2015 y 2015a), en este trabajo nos enfocaremos en el despliegue de las disputas por lo público y la emergencia de procesos de territorialización de la política y politización del territorio abordados como producciones territoriales desde el estar juntos (Martín Barbero, 2000), instituyéndose en posibles caminos hacia la paz.

En los últimos años se produjo un proceso de institución de formas alternativas de lo público, no sólo en su uso o apropiación, sino también en la producción de espacios públicos no estatales y no mercantiles, a partir de lógicas comunitarias. Es decir, una concepción de lo público en tanto lo común: una posibilidad para estar juntos con una composición distinta —y a veces en fuga— a las dinámicas hegemónicas que promueven la segregación y la competencia (Vommaro, 2015).



Si Sennett en los años setenta postuló que el siglo XX fue la época del deterioro de lo público, identificando su proceso de declive y decadencia (Sennett, 1978 [2011]), podemos afirmar que los primeros años del siglo XXI son un momento de nueva expansión de lo público, en una dinámica no exenta de tensiones y disputas, tanto materiales como simbólicas, que transitan hacia la emergencia del territorio como espacio para la paz.

En este artículo nos proponemos analizar estos procesos en clave generacional enfocando las dinámicas espaciales de participación política que podemos considerar no institucionales. Entendemos esta producción de la participación con perspectiva generacional como un proceso en el que se despliegan disputas territoriales, prácticas políticas que continúan y otras que emergen, a la vez que múltiples construcciones y tensiones político comunitarias de dimensión local y más general que configuran producciones políticas situadas en tanto territorios de resistencia y creación.

Las políticas como producciones territoriales: emergencia del territorio como espacio de resistencia generacional

El territorio toma relevancia en tanto elemento material que expresa construcciones simbólicas con fuerte incidencia social; puede ser construido, reproducido y modificado en una relación de doble vía que deviene en la producción de lo otro mediado por la espacialidad, sus formas y potencialidades. También es productor, reproductor y agente modificador de diversas configuraciones de la política, entre las que destacamos la generacional, que abordaremos en este capítulo.

La dimensión territorial ha tomado tal protagonismo en los modos de ser sociales que algunos autores coinciden en que desde el siglo XIX las sociedades occidentales comenzaron a experimentar un cambio sustancial, yendo desde el reinado del plano temporal hacia una dimensión espacial-territorial en la que el mundo se experimenta menos como una gran vida que se despliega en extensidades a través del tiempo, que como una red de intensidades espaciales que articula puntos y se entrama instituyendo una dinámica social que podemos caracterizar como situacional (Foucault, 1984; Soja, 2011).

Esta transformación desplegada con fuerza en las últimas décadas focalizó los análisis en un elemento que, hasta entonces, no había sido tomado en cuenta con la suficiente relevancia: la espacialización de la política y su singularización práctica tanto en el espacio vivido, inmediato, tangible, como en el espacio social más abarcativo y simbólico (Vommaro y Daza, 2016).



Los procesos de politización de la vida social abordados desde la perspectiva expuesta, generan una transformación en las relaciones entre la política y el espacio en el cual ésta es producida. El espacio socialmente producido, concebido como un entramado de relaciones político-sociales dinámicas, deviene en territorio. Se configura un proceso ambivalente de territorialización de la política y de politización del territorio (Vommaro, 2015). El territorio no es concebido sólo desde su dimensión espacial y física ni como una noción estática, que produce fijación; sino

como un elemento simbólico y dinámico, desde el cual se configuran emergencias y devenires. A los procesos de territorialización y desterritorialización que señalan muchos autores contemporáneos (Deleuze y Guattari, 1994), nosotros proponemos un tercer movimiento, el de reterritorialización, que marca una dinámica de desplazamiento permanente en la que la producción territorial en tanto resistencia y politización generacionales, es también fuga, sustracción, éxodo (Virno, 2005 y Mezzadra, 2001).

Durante las últimas décadas en la Argentina y en América Latina se produjo un proceso de politización del espacio que territorializó las prácticas políticas. Esto puede ser interpretado desde las configuraciones generacionales que potenciaron su despliegue, a la vez que desde una perspectiva diacrónica que contribuye a la comprensión integral del proceso. Si bien estos rasgos comenzaron a gestarse a fines de los años 60, es en los tempranos años 80 cuando se consolidan y emergen tramando la política territorialmente situada. En este sentido, las formas políticas producidas por las juventudes en décadas posteriores estarían signadas por pervivencias que, actualizadas y reconfiguradas, contienen muchos de las principales características de la politización espacial del período en el que comenzamos nuestro análisis (Vommaro y Daza, 2016).

Entre fines de los años sesenta y comienzos de los años setenta, al calor de los procesos de transformación que ya comentamos, comenzaron a surgir una serie de estudios que definieron lo que luego se denominó la “nueva cuestión urbana” (Castells, 1974). Estos análisis intentaban dar cuenta de la dinámica de cambio en la que estaban inmersas las ciudades, que redefinió la relación que existía hasta entonces entre capitalismo, industrialización y urbanización y reformuló los análisis que se habían realizado para la sociedad de masas de la primera mitad del siglo XX (Pírez, 2006). Estos cambios se manifestaron en el surgimiento de los denominados nuevos movimientos sociales, acciones colectivas de protesta social, que nosotros analizamos como organizaciones sociales urbanas de base territorial, entre las que destacamos las juveniles.

Entre los autores que llamaron la atención acerca de las singularidades de los procesos urbanos en las sociedades capitalistas contemporáneas y de la irrupción de movimientos sociales que reconfiguraban el espacio urbano en su acción, destacamos a H. Lefebvre (1969) y M. Castells (1987).

Lefebvre (1969) pone de manifiesto la “problemática urbana” y su relación con los cambios en el capitalismo. Concentrándose en los procesos de transformación que se vivían en las ciudades de fines de los años sesenta y considerando también las dinámicas migratorias entre e intra ciudades y también entre el ámbito rural y el urbano, este autor formula el concepto de “tejido urbano”, al que también llama “ecosistema urbano” (Lefebvre, 1969: 26). Además, nos brinda una interesante definición de ciudad, al decir que es “una proyección de la sociedad sobre el terreno, es decir no solamente sobre el espacio sensible, sino sobre el plano específico percibido y concebido por el pensamiento, que determina la ciudad y lo urbano” (Lefebvre, 1969: 75). Al analizar la relación “ciudad-territorio” remarca “las singularidades de la vida urbana, las maneras de vivir la ciudad, el habitar propiamente



dicho” (Lefebvre, 1969: 76). Destaca el lugar de lo urbano en la producción capitalista actual y en las relaciones de explotación. Para Lefebvre la ciudad no es un lugar de producción, sino que “lo urbano interviene como tal en la producción” (Lefebvre, 1969: 76).

A partir de estas definiciones podemos identificar la noción de territorio, que en otros textos de Lefebvre aparecerá como “producción del espacio” (Lefebvre, 1973: 219), y a la ciudad no sólo en tanto disposición espacial, sino sobre todo como conjunto de percepciones y concepciones, modos de vivir y habitar que, expresados en el territorio, la configuran y reconstruyen.

Otra de las preocupaciones de Lefebvre, que recuperamos en nuestras interpretaciones, es el proceso de expropiación que significó el crecimiento urbano para la clase obrera (Lefebvre, 1969: 167). El autor señala que los trabajadores han sido expulsados de los mejores espacios en la ciudad y que, por lo tanto, les ha sido negado su “derecho a la ciudad”. La solución que propone para revertir esta situación es la asunción de un rol protagónico por parte de la clase obrera que le restituya la capacidad de habitar la ciudad. Esta acción no se realizará sólo en el plano económico, sino que deberá abarcar la política, la cultura y la reapropiación del “tiempo, el espacio, el cuerpo, el deseo” (Lefebvre, 1969: 168-169).

Por su parte, en su clásico estudio acerca de los movimientos sociales urbanos, Castells señalaba que se estaba produciendo la “generalización progresiva de movimientos sociales urbanos”, a los que entendía como “sistemas de prácticas sociales contradictorias que controvierten el orden establecido a partir de las contradicciones específicas de la problemática urbana” (Castells, 1987: 3). Al definir los “problemas urbanos”, los entendía como “una serie de actos y de situaciones de la vida cotidiana cuyo desarrollo y características dependen estrechamente de la organización social general [...] se trata de momentos de la vida de cada día” (Castells, 1987: 3). Así, la vida cotidiana ingresaba, a través de la cuestión urbana, a la dinámica política dirimida en los movimientos en ascenso.

Para Castells el advenimiento de esta nueva problemática urbana, y de los movimientos sociales que la encarnaban, expresaba “el desarrollo progresivo de nuevas contradicciones sociales en las sociedades capitalistas” (Castells, 1987: 5). Estas contradicciones se desarrollaban más en el ámbito de la vida cotidiana que en el espacio de la fábrica. Y esta ampliaba las exigencias y reivindicaciones hacia nuevos derechos vinculados a la dinámica urbana, como vivienda, servicios, salud, transporte, cultura (Castells, 1987: 7).

El desarrollo de esta nueva cuestión urbana fue interpretado por el Estado y el sistema de dominación, que implementó una serie de dispositivos específicos para “manipular los espacios construidos y los flujos de transportes” (Castells, 1987: 8). La planificación urbana —el urbanismo— se convirtió en un mecanismo de “regulación de las nuevas contradicciones” (Castells, 1987: 9). Para Castells, son “los movimientos sociales urbanos, y no las instituciones de planificación, los verdaderos impulsores del cambio y la innovación en la ciudad” (Castells, 1987: 10).



No obstante este reconocimiento del rol protagónico y la iniciativa de los movimientos sociales en la resolución del sentido del conflicto social en las ciudades capitalistas, el sociólogo español se concentra en la esfera del “consumo colectivo” desplegado en el espacio urbano y subestima los procesos de producción del espacio desde las organizaciones. Aunque le atribuye un carácter político a las luchas por el consumo (Castells, 1987: 11), y establece vínculos entre “lucha de clases, lucha urbana y lucha política”, por ejemplo para el caso del movimiento de pobladores en Chile (Castells, 1987: 13); las disputas en torno a la apropiación y producción del espacio urbano no ocupan un lugar destacado en sus análisis. Sólo menciona que los movimientos urbanos, al expresar nuevas formas de conflicto social, también constituyen “nuevos modos de creación colectiva de la vida cotidiana” (Castells, 1987: 112).

A la luz de estos procesos de cambio, autores como Harvey, Santos, Davis, Borges y el mismo Lefebvre se preocuparon por subrayar el carácter productivo y político que estaba adquiriendo el espacio en el capitalismo luego de los años 70y formularon la noción de territorio para conceptualizar esta transformación.

Harvey propone una integración entre las visiones de geógrafos y sociólogos para comprender la “forma espacial” que asume la ciudad (Harvey, 1977: 20). Este autor no hablará de territorio, aunque su concepción acerca del espacio tiene varios elementos útiles para nuestros análisis. Al referirse a la “naturaleza del espacio” formula una definición relativa en la que “éste debe ser entendido como una relación entre objetos, que existe sólo porque los objetos existen y se relacionan entre sí” (Harvey, 1977: 5). Asimismo, la naturaleza del espacio está vinculada a las relaciones que se establecen entre el proceso social y la forma espacial, sobre todo en cuanto a las “concepciones espaciales específicas” de las personas y a su “práctica social cotidiana” (Harvey, 1977: 7). Propone la noción de “espacio creado”, al que concibe como reflejando, pero también afectando, las relaciones sociales (Harvey, 1977: 326).

Para Harvey, el espacio creado es un concepto múltiple. Por un lado, posee “un propósito ideológico”. Por otro, “es resultado de la dinámica de las fuerzas del mercado”. En tercer término, es “parte integrante de un intrincado proceso de signos que proporciona una orientación y un significado a la vida cotidiana dentro de una cultura urbana” (Harvey, 1977: 326).

La concepción del espacio como producción social, y de la producción social como proceso desplegado en el espacio, es central en el planteo de Harvey. Él sostiene que a la vez que las “formas espaciales contienen procesos sociales”, “los procesos sociales son espaciales” (Harvey, 1977: 3).

Lefebvre también se ocupó de los procesos de producción del espacio, en tanto espacio social Y lo hizo desde una doble concepción. Por un lado, el capitalismo se apoya y se apropia del espacio. Afirma que “es el espacio y por el espacio donde se produce la reproducción de las relaciones de producción capitalistas. El espacio deviene cada vez en un espacio instrumental” (Lefebvre, 1984: 223). Por otro, existe “la gestión colectiva del espacio” (Lefebvre, 1984: 225). Se despliega así una relación entre espacio dominante y espacio dominado en la cual las contradicciones sociales se expresan en el espacio y este mismo está surcado por contradicciones.



Para Lefebvre los diversos significados del espacio en las sociedades actuales se expresan también en los procesos de producción del mismo. En efecto, el espacio no es sólo el lugar de la producción, sino que es un lugar producido (Lefebvre, 1984: 226).

La cuestión del espacio en las sociedades urbanas contemporáneas también llamó la atención de Milton Santos (1996 y 2000), quien define el espacio como “un conjunto indisoluble de sistemas de objetos y sistemas de acciones”, “una forma-contenido” que, en tanto forma, “no tiene existencia empírica y filosófica si la consideramos separada del contenido”, y en tanto contenido “no podría existir sin la forma que lo sustenta” (Santos, 2000: 18 y 21). Santos se preocupó también por la relación entre la dimensión espacial y la temporal y acuñó la noción de tiempo espacial como “el otro espacio” (Santos, 2000: 51).

Para este geógrafo brasileiro, el territorio, que denomina “configuración territorial” y asimila al paisaje (Santos, 2000: 86), es un componente del espacio que se limita a los aspectos naturales y artificiales que caracterizan un área en cuanto a lo físico. En cierto sentido, es una cristalización, expresión de lo que fue. En cambio, el espacio contiene el tiempo presente y actualiza al territorio, integrando la dimensión “del momento actual” (Santos, 2000: 87). El espacio sería la síntesis del territorio más las dinámicas propias de la sociedad contemporánea.

Sin embargo, al hablar de la “dimensión espacial de lo cotidiano” Santos señala que en los últimos años “la política se territorializó con la confrontación entre organización y espontaneidad”. Esto valoriza nuevamente al territorio, en tanto lugar en el cual se dirimen los conflictos cotidianos y se resuelven “la cooperación y el conflicto que son la base de la vida en común” (Santos, 2000: 274).

La dinámica espacio-territorio en Santos es compleja y cambiante. En un texto de 2005, define al territorio como “espacio habitado” y “espacio vivido”, formado por “lugares contiguos” y “lugares en red” (Santos, 2005: 256). El territorio sería un soporte de las redes, que para Santos son horizontales y verticales. En el mismo texto el autor plantea las múltiples relaciones que se establecen entre espacio, territorio, política, trabajo y producción. El territorio es también “sede de la resistencias de la sociedad civil” y “lugar de producción” (Santos, 2005: 259).

Para Santos la potencialidad política y emancipatoria de las construcciones territoriales es fuerte. Desde el territorio es posible la “construcción de nuevas horizontalidades que nos liberen [...] y nos aproximen a la posibilidad de construir otra globalización, capaz de restaurar la dignidad del hombre” (Santos, 2005: 260).

40 Las relaciones entre espacio y territorio fueron abordadas además por el historiador Jacques Le Goff (1985).



No hay lugar de encuentro más importante entre el hombre biológico y el hombre social que el espacio. [...] El espacio es eminentemente cultural, variable según las sociedades, las culturas y las épocas, un espacio que está orientado e impregnado por ideologías y valores. (Le Goff, 1985)

El espacio es definido como un cruce entre lo biológico—podríamos decir lo natural—y lo social, que es a la vez cultural, histórico y subjetivo, “impregnado de ideologías y valores”.

Avanzando en el campo de las distintas definiciones acerca del territorio y sus dimensiones políticas y productivas, encontramos las formulaciones de Guattari, para quien:

El territorio puede ser relativo a un espacio vivido, tanto como a un sistema percibido en el seno del cual un sujeto se siente en casa. El territorio puede desterritorializarse, es decir, abrirse, implicarse en líneas de huida, partirse en estratos y destruirse. La reterritorialización consistirá en una tentativa de recomposición de un territorio comprometido en un proceso desterritorializante. (Guattari, 1995: 135)

Aparece así el territorio como espacio vivido, y también como ámbito de proximidad. A la vez, el territorio es una construcción, se instituye, no es algo dado, y es siempre dinámico, en movimiento. Los procesos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización son políticos y están atravesados por relaciones sociales. Esta dinámica cambiante del territorio nos lleva a las tesis de Ortiz (1996), para quien el territorio tiene un carácter de transversalidad que producen “territorialidades desvinculadas del medio físico” (Ortiz, 1996: 62). Para este autor, el territorio es también un “modo de vida” que puede aparecer “desterritorializado” –territorios políticos, culturales, comunicacionales–, es decir, “despojados de las restricciones que puede ofrecer el medio físico” (Ortiz, 1996: 63). Sin embargo, como ya dijimos, la desterritorialización deviene muchas veces en reterritorialización, que actualiza el espacio en tanto dimensión social, y “localiza” –podríamos decir sitúa– las prácticas sociales (Ortiz, 1996: 63).

En la región del Río de la Plata la discusión acerca del espacio urbano y sus significados políticos y sociales se actualizó desde campos diversos como la historia y la literatura. De esta manera, desde *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, de José Luis Romero (1976), hasta *La ciudad letrada*, de Ángel Rama (1989), por tomar sólo dos puntos significativos de un recorrido denso, se trazó una relación entre disposición espacial, configuración del espacio urbano y representaciones políticas, filosóficas, sociales y culturales que establecen el vínculo entre la ciudad y la sociedad que la habita. En otro de sus libros, Romero (2009) recupera algunos planteamientos de Lewis Mumford (1945, 1966b) para retomar el pensamiento acerca de la ciudad como sede espacial, generadora de ideas, ámbito de iniciativas políticas y sociales, y como manifestación cultural.

Las propuestas de A. Borges (2003 y 2005) aportan, desde una perspectiva etnográfica, una visión útil acerca de las relaciones entre territorio, vida cotidiana de sus pobladores y política. Esta antropóloga brasilera estudia las ocupaciones de tierras que se produjeron en las ciudades que se levantan alrededor de Brasilia y concibe al espacio ocupado como un “lugar para vivir” que lo constituye en territorio, en una dinámica a la vez política y social. (Borges, 2003 y 2005). Al analizar los modos de vida de los pobladores de las tierras ocupadas y sus vínculos con el sistema político, identifica las redes sociales como organizadoras de la vida en el territorio, discutiendo la relevancia del enfoque clientelar (Borges, 2003).

Ingresamos así directamente en la problemática de la construcción del territorio en las regiones suburbanas de las ciudades capitalistas contemporáneas. En particular, en las ciudades de América Latina y la Argentina.



Zibechi habla de los “territorios otros” –diferentes a los del capital y las multinacionales- que construyen las “resistencias de los de abajo” en las zonas suburbanas de las ciudades latinoamericanas (Zibechi, 2008: 5). Siguiendo a Scott, para detectar los proyectos de resistencia de “los de abajo”, este autor uruguayo propone

combinar una mirada de larga duración con un énfasis en los procesos subterráneos, en las formas de resistencia de escasa visibilidad, pero que anticipan el mundo nuevo que los de abajo entretejen en la penumbra de su cotidianeidad. (Zibechi, 2008: 6)

Sin embargo, Zibechi destaca el carácter diverso y complejo de la construcción territorial suburbana, que no es “ninguna garantía de transformación liberadora” (Zibechi, 2008: 6). Señala que junto a los proyectos emancipatorios y de transformación social, conviven formas de dominación “de nuevo y viejo tipo” que se manifiestan en exclusión económica y cultural, militarización de los territorios, segregación espacial, entre otros. Lo interesante es descubrir por qué en un espacio signado por “el desgaste ineludible del mercado capitalista, la competencia destructiva de la cultura dominante, la violencia, el machismo, el consumo masivo y el individualismo” (Zibechi, 2008: 7) es posible que emerjan procesos sociales como los que estudiamos aquí. Es decir, coincidiendo con los anhelos de Lefebvre (1976) y de Harvey (2007), analizarlas modalidades a través de las cuales los dispositivos de exclusión y segregación urbana, y el aumento de las diversas formas de pobreza y explotación, se convierten –en situaciones singulares- en experiencias de construcción de territorios alternativos a la lógica de la dominación.

Siguiendo a este autor, “los territorios de los sectores populares urbanos [...] nacieron y buscan crecer en las grandes ciudades que son sede natural de las viejas y nuevas formas de control social, que contribuyen a lubricar la acumulación de capital. (Zibechi, 2008: 7)

Zibechi distingue entre el espacio, atado a la lógica del capital y la dominación; y el territorio, que es “el espacio donde se despliegan relaciones sociales diferentes a las capitalistas hegemónicas, aquellos lugares en donde los colectivos pueden practicar modos de vida diferenciados” (Zibechi, 2008: 31). De esta manera, el territorio adquiere un carácter político y productivo, y se transforma en una noción analítica y una experiencia socio-histórica, cuyo surgimiento está dado por un proceso instituyente, nómada, de desplazamiento hacia otras formas de vínculo –social, político, productivo, subjetivo-, y de organización, alternativas, situadas y singulares. El territorio es, en suma, un espacio socialmente habitado, poblado por modos de vida y construido en el proceso del habitar comunitario.

42



El proceso de institución del territorio implica la creación de modalidades de autogestión y autoorganización –autogobierno- que redefinen tanto el vínculo con el estado, como la relación entre los ámbitos públicos y los privados, que se funden en un nuevo espacio –el territorio- expresado en las relaciones comunitarias. Territorio y comunidad son nociones fuertemente entrelazadas en los procesos de organización social. Algunos autores analizan estos espacios comunitarios con anclaje territorial como “espacios públicos no estatales” (Virno, 2002) subrayando la creación de espacios públicos que no están asociados a la lógica estatal, sino a la comunitaria o colectiva (Zibechi, 2008: 45 y 71).

Zibechi sostiene, siguiendo a Lefebvre, que “la lucha por el espacio forma parte central de las luchas sociales. Los sujetos se forman creando espacio” (Zibechi, 2008: 46).

La territorialización de los sujetos sociales es uno de los aspectos diferenciadores de los movimientos sociales latinoamericanos respecto a los europeos en el período actual. De modo que la creación de barriadas, asentamientos, villas, callampas, forma parte del proceso de formación del sector popular urbano como sujeto social. (Zibechi, 2008: 49)

La potencialidad política de las experiencias organizativas territoriales en las periferias urbanas de América Latina también es analizada por Mike Davis, para quien “los suburbios de las grandes ciudades del tercer mundo son el nuevo escenario estratégico decisivo” (Davis, 2007: 1). Para este autor, la urbanización se ha desconectado y autonomizado de la industrialización y del crecimiento económico. Esto implica una “desconexión estructural y permanente de muchos habitantes de la ciudad respecto de la economía formal” (Davis, 2004: 9).

De igual manera, Davis afirma que “en la última década los pobres —no sólo los de los barrios clásicos que mostraban ya niveles altos de organización, sino también los nuevos pobres de las periferias— se han estado organizando a gran escala” (Davis, 2007: 4). Esto significa que las regiones suburbanas, a la vez que cayeron en un proceso de “híperdegradación”, se han convertido en los espacios desde los que los grupos subalternos han lanzado sus desafíos al sistema, conformando organizaciones autogestionadas y, en muchos sentidos, autónomas respecto del poder estatal (Davis, 2007). Estos pobres y grupos subalternos de los suburbios están integrados tanto por los trabajadores informales que han sido expulsados de lo que Castel (1995) denominó “sociedad salarial” por las reformas neoliberales de los años noventa (Davis, 2004: 25); como por los trabajadores formales pauperizados, flexibilizados y precarizados; y por los miembros de emprendimientos autogestionarios y cooperativos (Davis, 2007).

El proceso de degradación de los espacios urbanos habitados por los sectores subalternos en las ciudades capitalistas contemporáneas fue también considerado por Harvey (2004 y 2008), quien acuñó el término “acumulación por desposesión” para referirse al proceso de redistribución y “absorción de capital mediante el desarrollo urbano” (Harvey, 2008: 34).

Continuando con el análisis de las producciones sociales, culturales y políticas de los habitantes de los barrios suburbanos de las grandes ciudades latinoamericanas, encontramos los trabajos de Porto Gonçalves y Matos Mar, quienes estudian experiencias en Brasil y Perú, respectivamente.

Para el primer autor, los procesos de construcción de territorio “están vinculados a los sujetos que los instituyen, los marcan, los señalan, sobre la base de las relaciones sociales que portan” (Porto Gonçalves, 2001). A su vez, los movimientos sociales son “movimientos territorializados” ya que “los nuevos sujetos se insinúan instituyendo nuevas territorialidades” (Porto Gonçalves, 2001: 208). El territorio vuelve a definirse como expresión de una acción instituyente —no instituida— vinculada a la ocupación o la habitación del espacio y las relaciones sociales que allí se configuran. Asimismo, las organizaciones sociales son analizadas como expresión de una dinámica territorial que las atraviesa y constituye mucho más que el escenario en el cual despliegan su acción.



Esta presencia explicativa de la institución del territorio en la dinámica de las organizaciones sociales —y del conflicto social— es reafirmada por Porto Gonçalves, quien afirma que el movimiento social no sólo ocupa, sino que constituye y es constituido por lugares (Porto Gonçalves, 2001: 197). “El movimiento social es, rigurosamente, cambio de lugar social” (Porto Gonçalves, 2001: 198).

Esta imbricación entre territorio y organización social es analizada, a la vez, como desplazamiento y como ruptura. Es decir, “el cambio de lugar social” está vinculado a que los movimientos sociales

rompen la inercia y se mueven, cambian de lugar, rechazan el lugar al que históricamente estaban asignados dentro de una determinada organización social y buscan ampliar los espacios de expresión que [...] tienen fuertes implicaciones de orden político. (Porto Gonçalves, 2001: 81)

Por su parte, Matos Mar (2004) analiza la sociedad urbana y el lugar de los sectores populares en su dinámica. Para ello acuña el concepto de “desborde desde abajo” (Matos Mar, 2004: 67). Éste define al crecimiento de las invasiones de terrenos urbanos que se produjeron en Lima a partir de fines de la década del cincuenta y que “forzaron” transformaciones en la política urbana del Estado. El desborde fue la forma en la cual se manifestó el choque entre “el Perú oficial de las instituciones” y el “Perú marginado, plural y multiforme” (Matos Mar, 2004: 97).

De los planteamientos de Matos Mar destacaremos tres aspectos. En primer lugar, su señalamiento acerca de que en los asentamientos que surgieron como producto de las ocupaciones de terrenos se conformó una economía que este autor denomina como “contestataria” o “de resistencia” (Matos Mar, 2004: 178). Esto pone énfasis en la dimensión productiva de las organizaciones territoriales y en la institución de una otra lógica económica que entra en conflicto con la dominante.

En segundo término, Matos Mar subraya las creaciones comunitarias en los asentamientos que instituyeron “una ciudad diferente” que tuvo hasta “sus sistemas autónomos de vigilancia barrial y, en casos extremos, tribunales populares” (Matos Mar, 2004: 188), lo cual señala la dimensión política, simbólica y subjetiva de la organización social construida en los asentamientos.

Por último, destaca que el asentamiento —y sobre todo sus espacios públicos— se construye “en base a la cooperación” (Matos Mar, 2004: 80). Esta cooperación, basada en redes de parentesco, es interpretada en tanto reactualización de relaciones comunitarias de reciprocidad que se remontan al período incaico y preincaico (Matos Mar, 2004: 80 y 105).

Cabe destacar que una de las primeras toma colectiva de tierras de América Latina se produjo en Chile en la segunda mitad de la década del cincuenta¹. En una región suburbana de Santiago de Chile se ocuparon terrenos en los que se construyó el



1 Desarrollamos un análisis acerca de esta experiencia en Vommaro, 2010.

asentamiento o población que luego fue conocida como La Victoria (Garcés, 2002 y Cortés, 2007). Esta ocupación sucedió a fines de octubre de 1957 y fue protagonizada por “cerca de 1.200 familias organizadas” (Cortés, 2007: 2).

Como señalan los autores consultados (Zibechi, 2008, Garcés, 2002, Cortés, 2007) esta toma prefiguró las características que tendrían las experiencias posteriores en la región: acción directa, sorpresiva, colectiva, planificada y organizada, basada en una “rica y extensa red comunitaria” (Garcés, 2002), que articula un tipo distinto de espacio público (Cortés, 2007: 3), con formas de “autogobierno” y “poder popular” (Cortés, 2007: 7), con un marcado protagonismo femenino y juvenil (Zibechi, 2008), y en donde las dimensiones subjetiva y cultural son fundamentales. A partir de estos rasgos, esta población fue un foco significativo en la resistencia a la dictadura de Pinochet (1973-1990).

La gestación de organizaciones sociales de base territorial y comunitaria valorizó la dimensión local, barrial, de la vida de sus integrantes y, como ya dijimos, politizó sus relaciones sociales –aun las afectivas- y su vida cotidiana. Retomando a Frederic (2004), Svampa (2005) expresa una concepción negativa acerca de lo que denomina “militante social”, a quien analiza como “encapsulado en el territorio” Svampa (2005:185). Para los integrantes de las organizaciones sociales territoriales, la dimensión local no es sólo una restricción o limitación. Es, sobre todo, un espacio de posibilidades y de construcción de sus proyectos productivos, políticos y subjetivos.

Tal como lo recuerda Holloway (1995), la restricción territorial se vuelve un principio central de mantenimiento del orden en la sociedad capitalista. Pero esta restricción opera solo sobre los sujetos, mientras que el capital en su forma líquida –dinero- se nutre de moverse por el mundo en la búsqueda de mejores ganancias. Así mientras el capital huye, los sujetos quedan cada vez más atados a su espacio territorial por no tener la posibilidad de emigrar con las libertades de movilidad de las que goza el capital. Sin embargo, Holloway (1995) subraya que la contrapartida de este proceso es la gestación de lazos sociales y la posibilidad de reapropiación del territorio como un lugar de anclaje comunitario. Zibechi (1997) coincide con esta perspectiva y afirma que

los espacios físicos resultan insustituibles para la conformación de un sujeto y [...] habilitan experiencias colectivas, permiten tener lazos sociales que redundan en la conformación de una identidad que puede resumirse en la distinción de un “nosotros” y de un “ellos”. (Zibechi, 1997: 46)

Y en otro trabajo el mismo autor sostiene que:

el territorio es el espacio en el que se construye colectivamente una nueva organización social, donde los nuevos sujetos se instituyen, instituyendo su espacio, apropiándose material y simbólicamente. (Zibechi, 2003: 161)

En el mismo sentido, para Delamata y Armesto (2005) el significado del territorio es, además de físico-geográfico, simbólico y político (Delamata y Armesto, 2005:149). Stratta y Barrera (2009) comparten esta multiplicidad de significados del territorio y afirman que “el territorio es un espacio social y, por lo tanto, un



campo de batallas físicas y simbólicas que se libran por su apropiación” (Stratta y Barrera, 2009: 19). Siguiendo a Oliveira (2001), proponen que el territorio también es “un espacio transformado por el trabajo y, por tanto, una producción humana, espacio de lucha de clases [...] siendo el lugar de lucha cotidiana de la sociedad para su devenir” (Stratta y Barrera, 2009: 25).


El territorio no está instituido o dado, sino que deviene de un proceso instituyente, es un espacio a construir. Se fortalece y potencia a medida que se fortalece el proceso organizativo, al que a su vez nutre. La construcción territorial, así concebida, está signada por acontecimientos, conflictos y antagonismos, y constituida también por costumbres en común que conforman el espacio comunitario donde y a partir del cual se despliegan los modos de vida colectivos.

Los múltiples cruces entre políticas, territorios y juventudes pueden ser abordadas también desde la noción de éxodo. Algunos autores hablan de éxodo para referirse a ciertas formas políticas de resistencia a la dominación en el mundo contemporáneo. En su trabajo acerca de la ocurrencia y la acción innovadora, Virno (2005) retoma ideas de Mezzadra (2001) y plantea que:

El éxodo es una acción colectiva que se sustenta en el principio paralogístico del tertium datur. Antes que someterse al faraón o rebelarse abiertamente ante su dominio (A o no-A), el pueblo hebreo vislumbra, y luego realiza, una posibilidad ulterior, que estaba afuera de las categorías computables al inicio: la fuga de Egipto. Ni A ni no-A, ni aceptación resignada ni lucha para apoderarse del poder en un determinado territorio, sino un excéntrico B, explicable sólo a partir de la introducción subrepticia de otras premisas en el silogismo dado. La secesión de la “casa de la esclavitud y del trabajo inicuo” ocurre en el preciso momento en el que se localiza un camino lateral, no señalado en los mapas sociopolíticos. (Virno, 2005: 53).

El éxodo es para Virno pasar “gradualmente de un problema determinado: someterse o sublevarse, a un problema del todo diferente: cómo realizar un defección y experimentar formas de autogobierno antes inconcebibles” (Virno 2005: 53). Podemos analizar los territorios instituidos por los colectivos juveniles a partir de sus producciones políticas en tanto espacios para la paz, habitados por relaciones comunitarias, como estas “formas de autogobierno antes inconcebibles” que el filósofo italiano propone como interpretación de las formas políticas de las organizaciones sociales contemporáneas en tanto éxodo.

Experiencias juveniles de politización territorial

46  Para avanzar en nuestros análisis, realizaremos un acercamiento a las formas territoriales de producir política en clave generacional, a partir de dos experiencias de participación y trayectorias territoriales de militancia juvenil desplegadas en la Argentina y Brasil en los últimos años.

Por un lado, la experiencia de politización generacional a partir de dimensiones expresivas y estéticas, conocidas como *rolezinhos*, que se desplegó en Brasil a partir de inicios de 2014 y que expresa, como veremos, procesos de producción política territorial anteriores. Por el otro, las organizaciones juveniles territoriales que se consolidaron o emergieron en la Argentina luego de la crisis vivida en 2001.

Brasil: las juventudes instituyen y tensionan los territorios

Las manifestaciones producidas en Brasil durante los meses de junio y julio de 2013 marcaron un quiebre generacional respecto de las formas de protesta y movilización popular en la historia reciente de ese país. Algunos rasgos de estas movilizaciones callejeras podrían rastrearse en el movimiento *Diretas Já* (de 1984-85, marcando el fin de la dictadura militar en Brasil) o en las protestas por el *Fora Collor* (que empujaron el juicio político y la renuncia del presidente Fernando Collor de Mello), y también en algunas grandes movilizaciones de las organizaciones rurales como el Movimiento Sin Tierra (MST); pero lo sucedido en los últimos meses adquirió formas disruptivas, presentando varios elementos innovadores (Vommaro, 2015).

Entre los meses de junio y julio de 2013 decenas de miles de jóvenes se organizaron y movilizaron en Brasil ocupando calles, plazas y edificios públicos durante varios días, expresando las limitaciones de los avances políticos y sociales de ese país en los últimos años. En estas movilizaciones, que no pudieron ser apropiadas por los partidos políticos y las corporaciones hegemónicas como los medios masivos de comunicación, se pusieron en juego tanto el sentido y la producción de lo público, como los usos de los dineros estatales, las connivencias con la empresa privada, el uso y apropiación del espacio urbano y las formas de participación política, entre otros puntos.

Más allá de la sorpresa que pudieron haber causado en algunos sectores y analistas estas movilizaciones, si nos enfocamos en lo que acontecía en los colectivos juveniles de Brasil en los últimos años, surgen varios elementos que pueden contribuir a la comprensión de esta emergencia. Más que sorpresa por una irrupción impensada, que no era imaginable semanas antes de los acontecimientos, lo que encontramos es un proceso de creciente conflictividad y organización de los jóvenes urbanos en las principales ciudades en los últimos años que, sin restar los elementos de ruptura e imprevisibilidad que caracterizaron a estas movilizaciones, nos permiten comprender sus rasgos, dinámicas y sentidos con una perspectiva de mediana duración.

Para este artículo nos enfocaremos en las movilizaciones de la ciudad de San Pablo, uno de los epicentros de las manifestaciones, asumiendo que el proceso adoptó formas singulares en cada una de las más de trescientas ciudades en las que se desplegó, pero intentando encontrar en el caso paulista algunos elementos comunes que contribuyan a una caracterización más general. En particular, nos concentraremos en la dinámica de organizaciones urbanas como el *Movimento pelo Passe Livre* (MPL), el *Movimento Tarifa Zero* (MTZ), que surgió del MPL, y los *Comitês Populares da Copa* (CPC). Las tres organizaciones aglutinaron mayoritariamente a sectores medios. Aquí consideraremos también los procesos que se produjeron en las periferias pobres, y los crucen entre ambos espacios geográficos y sociales.

El *Movimento pelo Passe Livre* surgió en la ciudad de Porto Alegre en 2005 y antes de 2013 había protagonizado numerosas manifestaciones y acciones de protesta en ciudades como Curitiba, Florianópolis o Salvador de Bahía, además de entablar



relaciones con el MST y realizar iniciativas de formación en conjunto.² La organización está conformada por jóvenes urbanos, en su mayoría universitarios y profesionales, y se autodefine como un “movimiento social autónomo, apartidario, horizontal e independiente, que lucha por un *transporte público de verdad*, gratuito para el conjunto de la población y fuera de la iniciativa privada” (itálicas en el original, “*O que é o Movimento Passe Livre*”, en <http://tarifazero.org/mpl/>). Al describir sus formas organizativas el colectivo destaca que se basan en: la autonomía y la independencia, el apartidismo, pero no el anti-partidismo, y la horizontalidad. Las formas de vinculación con el Estado y el sistema político pueden resumirse en la idea de que buscan incidir en las políticas públicas de transporte a nivel gubernamental, pero sostienen una práctica política cotidiana a partir de la convicción de que “existe política más allá del voto” (“*O que é o Movimento Passe Livre*”, en <http://tarifazero.org/mpl/>).

Como señala Raúl Zibechi (2013), el MPL comenzó pidiendo la exención de la tarifa del transporte urbano para algunos sectores como el estudiantil y fue ampliando su propuesta hasta luchar por la gratuidad del transporte público para todos, por considerar que se trata de un derecho esencial al que todas las personas deberían poder acceder, y no de una mercancía cuya compra depende del poder económico de quien la consume. De esta manera, no sólo se discute el precio o gratuidad del transporte público, sino la concepción misma de derecho universal y, en especial, el derecho a habitar y transitar por la ciudad sin exclusiones o segregaciones. Entre 2005 y 2011 el MPL pasó de ser un movimiento sectorial a expresar un conflicto más general y abarcador en torno a la ciudad, sus usos, apropiaciones y producciones territoriales y políticas.

A principios de junio de 2013, el MPL comenzó a manifestarse en contra de un nuevo aumento del precio del transporte en la ciudad de San Pablo, continuando una dinámica ya conocida en la organización. Una de estas movilizaciones callejeras fue reprimida por la policía con un saldo de centenares de heridos y doscientos treinta detenidos (<http://www.territorioidigital.com/notaimpresa.aspx?c=8749817684776925>, visitado en noviembre 2015).

Lejos de disipar la protesta, la represión multiplicó las manifestaciones y las extendió a otras ciudades de Brasil. En pocos días hubo movilizaciones en más de 353 centros urbanos, en las que participaron casi dos millones de personas, según distintas fuentes (Zibechi, 2013: 16; Braga, 2013: 53). También en junio los *Comitês Populares da Copa*, CPC, se manifestaron en Río de Janeiro, Brasilia y otras ciudades contra la especulación inmobiliaria y el gran presupuesto gastado en la construcción de estadios, en lugar de destinarlo a la construcción de viviendas y otra infraestructura pública. Durante la realización de la Copa Confederaciones en junio de 2013, los *Comitês Populares da Copa* organizaron movilizaciones callejeras y ocupaciones de espacios públicos en lo que se presentó como una muestra de lo que podría ocurrir, ampliado, si las obras para el Mundial de Fútbol Brasil 2014 continuaban sin cambios, desoyendo los crecientes reclamos sociales.



2 Estos y otros datos del MPL están tomados del sitio <http://tarifazero.org/mpl/> y de Zibechi (2013).

Las movilizaciones se fueron masificando, y aunque a los pocos días de iniciado el ciclo de protestas el aumento de tarifas se había cancelado, el proceso de organización popular continuó y se amplió a numerosos sectores que desbordaron tanto a las organizaciones que impulsaron las primeras marchas (MPL, algunas juventudes partidarias, los CPC, entre otros), como a los sectores medios urbanos que las protagonizaron.

Uno de los hechos que muestra la masificación y profundización de las manifestaciones fue la realización de la huelga general del 11 de julio de 2013 (Antunes, 2013). Esta huelga fue convocada en forma conjunta y coordinada por las seis centrales sindicales que existen en Brasil (Central Única de Trabajadores –CUT, cercana al gobernante Partido de los Trabajadores-, Fuerza Sindical, Central de Trabajadores Brasileños, Unión General de Trabajadores, Nueva Central y Conlutas) con el apoyo del Movimiento Sin Tierra y la Unión Nacional de Estudiantes. Fue la primera huelga que se produjo en este país en 22 años, la segunda desde la restauración democrática en 1985, y según varios analistas y protagonistas, la movilización obrera más importante desde la campaña por las *Diretas Já*. A partir de esta huelga se comenzaron a producir acercamientos entre los trabajadores del sindicato del transporte y el MPL (Braga, 2013: 59).

Se puede decir que las movilizaciones en San Pablo fueron el detonante de una ola de manifestaciones que se expandió por las principales ciudades de Brasil, incorporando luchas locales y demandas más generales que sobrepasaron las cuestiones del transporte para abarcar asuntos vinculados al uso de los presupuestos públicos, la corrupción, los negocios inmobiliarios, el derecho a la vivienda y a habitar en la ciudad, y las formas de participación política, entre los principales.

Varios son los elementos que pueden explicar la relativa dilución de las movilizaciones en los meses sucesivos. Si bien aquí no trataremos este tema por cuestiones de espacio, podemos decir que la irrupción de algunos grupos que llevaron adelante acciones directas de confrontación abierta con la policía y destrucción de edificios y bienes públicos, en general identificados con el anarquismo; y la aparición de sectores de derecha que adhirieron a las manifestaciones con el sólo objetivo oportunista de socavar al gobierno federal o a gobiernos locales del Partido de los Trabajadores y sus aliados, fueron dos de los posibles elementos que contribuyeron a una cierta desarticulación de las movilizaciones.

Sin embargo, varios meses después del inicio de este ciclo, las movilizaciones continuaron. Por ejemplo, el 15 y 16 de octubre de 2013 se produjeron importantes manifestaciones en Río de Janeiro y San Pablo. En la primera, protagonizadas sobre todo por profesores que reclamaban aumento salarial y mejores condiciones de trabajo. En la segunda, por estudiantes universitarios que luchan por una mejora de la calidad de la educación superior, la democratización en la forma de elección de autoridades y el derecho a la educación para todos. Aunque la represión a las movilizaciones continúa, el objetivo amedrentador sólo se cumple parcialmente, ya que ante cada ataque policial la solidaridad se expande generando nuevas expresiones públicas de protesta (Vommaro, 2015).



De igual manera, el movimiento conocido como *rolezinhos* también es un fenómeno de movilización y organización juvenil urbana, pero con características distintas al recién descrito. Se conoce con este nombre a las irrupciones públicas de jóvenes de las periferias paulistas en centros comerciales que, siendo lugares públicos, se ven conmocionados ante la presencia masiva de personas que no suelen ser su concurrencia habitual³. Los jóvenes se autoconvocan por redes sociales como *Facebook* y luego filman sus apariciones, con lo cual la resonancia en internet se viraliza. El objetivo es poner en evidencia que estos espacios públicos dedicados al consumo y el tiempo libre que se proclama están abiertos para todos los que ingresen en la lógica de ocio mercantilizado, pero en realidad están vedados para ciertos grupos sociales que no se ajustan a los cánones hegemónicos.

Estas formas de presentación pública de los jóvenes de la periferia tensionan varios elementos que es importante mencionar. Por un lado, dejan en evidencia las limitaciones y contradicciones de las nociones de consumidores y ciudadanos que interpelan a las juventudes en la actualidad. Las promesas de consumo como símbolo de bienestar y ascenso social y las consignas que hablan de la ciudadanía como vía de inclusión, se muestran impotentes ante la aparición de jóvenes de los suburbios que lo único que hacen es ser ellos mismos, pero ya no recluidos en sus espacios y barrios, sino en otros ámbitos por los que no circulan cotidianamente. Pareciera que no hay problema si los jóvenes permanecen en la periferia; el conflicto comienza cuando osan circular y traspasar límites simbólicos, que no por poco visibles son menos reales y efectivos. Como si el aumento de las tarifas del transporte y otras formas de segregación urbana no alcanzaran; es necesaria la represión abierta cuando los jóvenes de sectores populares se manifiestan y habitan otros ámbitos.

Coincidimos con la antropóloga brasileña Silvia Borelli quien afirma que “estamos viendo formas de movilización diferentes en las que se combinan la cultura, el consumo, el placer y nuevas formas de hacer política”⁴. Lo que está en juego es el concepto mismo de espacio público. Los jóvenes lo tensionan y muestran sus limitaciones, a la vez que lo ocupan, reapropian y reconfiguran. Se discuten también las modalidades de acceso, uso y derecho a la ciudad, y las apropiaciones y formas legítimas de habitar el espacio urbano. Asimismo, ambas expresiones de movilización juveniles hacen visible un cuestionamiento más general que expuso las limitaciones del modelo de acumulación y el sistema político de Brasil. A pesar de los cambios de los últimos años, este país continúa teniendo una alta desigualdad social, étnica, de género, territorial y generacional, con graves problemas en la salud y la educación públicas y con ciudades expulsivas y segregadas.



-
- 3 En algunos *rolezinhos* se llegaron a reunir más de seis mil jóvenes, como los que ocurrieron en varios centros comerciales paulistas entre los meses de diciembre de 2013 y febrero de 2014.
 - 4 Declaraciones de Silvia Borelli publicadas en la nota “Brasil: centros comerciales de Brasil se preparan para invasión de ‘rolezinhos’, jóvenes que bajan de las favelas”, *Infobae*, 15/1/ 2014.

En los dos momentos de movilización se produjo un interesante, aunque breve, proceso de confluencia —no sin tensiones y contradicciones— entre los sectores medios y las periferias pobres de grandes ciudades como San Pablo o Río de Janeiro. Jóvenes universitarios, profesionales y habitantes de barrios residenciales se encontraron en las calles con los colectivos juveniles de las periferias, establecieron relaciones iniciales en algunos casos y fortalecieron vínculos originados en trabajos comunitarios y territoriales en otros⁵. Por algunos días o semanas, los jóvenes de las periferias pudieron habitar con cierta legitimidad el centro de las ciudades superando prejuicios y segregaciones. Muchos de los jóvenes de sectores medios que pudieron haber apoyado la creación de las Unidades de Policía Pacificadora (UPP) para controlar represivamente las *favelas* de Río de Janeiro y garantizar la seguridad de los barrios residenciales se hallaban junto a personas jóvenes como ellos que seguramente fueron objeto de esa represión. Estas confluencias y convivencias pueden tener efectos inesperados que aún no pueden ser apreciados por el corto tiempo transcurrido.

Podemos destacar dos rasgos característicos de este proceso de movilización juvenil analizado en la mediana duración. Por un lado, se trata de movilizaciones que superan ampliamente los reclamos sectoriales para discutir cuestiones más amplias y cuestionar la dinámica urbana del Brasil actual. Sobre todo en lo que hace al mercado inmobiliario, la vivienda y el derecho a transitar libremente y sin restricciones por la ciudad, rompiendo la segregación espacial que limita las posibilidades de apropiación de la ciudad por parte de amplios sectores de la población, en especial jóvenes de las periferias. Asimismo, los colectivos y organizaciones que impulsaron este proceso expresan otras formas de habitar la ciudad y de uso, apropiación y producción de lo público, no sólo a nivel espacial concreto, sino también abarcando al transporte y las condiciones que posibiliten la libre movilidad urbana, el derecho al ocio; y extendiéndose a formas estéticas y artísticas de intervenir la ciudad con murales, grafitis o *pixações*⁶.

Este proceso también expresó formas alternativas de producción y práctica políticas, distintas a las dominantes. No sólo porque cuestionó la capacidad del Estado para ejecutar políticas públicas que tiendan al bienestar común y no al negocio para pocos, sino también porque mostró las limitaciones de la organización partidaria para llevar adelante procesos de movilización social disruptivos y masivos; y porque desplegó formas de organización interna de los colectivos y de articulación entre colectivos que se basaron en la discusión de las jerarquías y la participación directa, no delegada o mediada, tanto en la deliberación como en la toma y ejecución de las decisiones. En próximos trabajos profundizaremos el estudio de estos elementos.



5 Esto se produjo tanto durante las movilizaciones de 2013, como en las marchas de repudio a la represión contra los *rolezinhos* en San Pablo a comienzos de 2014.

6 La *pixação* es una práctica similar al grafiti en la cual los *pixadores* realizan inscripciones callejeras con tipografías singulares y distintivas, generalmente en forma clandestina u oculta. En San Pablo existen decenas de colectivos juveniles de *pixadores* que despliegan sus propuestas estéticas en las paredes de la ciudad.

Argentina: politización generacional entre los territorios y el Estado

El agotamiento del modelo conocido como convertibilidad, acompañado de un creciente endeudamiento externo y del empeoramiento de indicadores sociales como la pobreza o el desempleo, culminaron en una crisis política, económica y social con grandes movilizaciones callejeras que comenzaron en diciembre de 2001 y duraron varios días. Durante el transcurso del 2001 se anunciaron recortes presupuestarios al sector universitario, de salud y docente en general, así como a los salarios de jubilados, trabajadores estatales, y a los planes sociales. Estas medidas, impuestas entre los meses de marzo y agosto de 2001, generaron una importante oleada de movilizaciones de diversas organizaciones sociales que venían desarrollando sus acciones al menos desde mediados de los años noventa. Los jóvenes fueron protagonistas, mediante su participación espontánea en las protestas callejeras, como a través de las organizaciones en las que participaban (piqueteras, estudiantiles, culturales, entre otras). El estallido social de diciembre de 2001, caracterizado por saqueos y protestas en todo el país, fue el foco de una fuerte violencia represiva estatal. De los 39 muertos por la represión policial estatal, 34 tenían entre 13 y 30 años⁷.

La organización popular para resistir y proponer alternativas venía desarrollándose en los barrios desde la década anterior. Luego de las jornadas de diciembre de 2001, los sectores medios urbanos también comenzaron a ensayar formas de participación alternativa. Las asambleas barriales formadas en la Ciudad de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, pero también en muchas ciudades de las provincias, fueron muy concurridas durante los primeros años de existencia. Allí se gestaron formas de deliberación y participación pública no estatal, en base a la figura del vecino y unificadas en torno al rechazo hacia los políticos con la consigna “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo”.

Estos nuevos espacios proponían generar formas de democracia y política genuinas, recuperando una esfera de lo colectivo a la que se diagnosticaba destruida luego de la experiencia neoliberal. Cada asamblea fue emprendiendo diferentes proyectos, vinculados a mejorar las condiciones de vida de sus barrios y también a acciones solidarias con los sectores más empobrecidos por las políticas menemistas. Si bien no fueron impulsadas solo por jóvenes, éstos dinamizaron las asambleas barriales y participaron de modo muy activo.

Durante los primeros meses de 2002 las protestas y movilizaciones se multiplicaron a lo largo de todo el país, involucrando una diversidad de sectores sociales. Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, militantes de diferentes Movimientos de Trabajadores Desocupados, en la zona sur del Gran Buenos Aires, participaron el 26 de junio de 2002 en una Jornada de protesta que incluía el corte del Puente Pueyrredón, que une la Capital Federal con Avellaneda. Tenían 23 y 21 años respectivamente cuando fueron asesinados por la policía bonaerense durante la represión desatada contra las personas movilizadas.



7 Tomado de “Los muertos del 19/20 de diciembre de 2001”, <http://www.lavaca.org/recuadros/los-muertos-del-1920-de-diciembre-de-2001/> consultado el 2 de febrero de 2015.

La figura de estos jóvenes fue retomada como símbolo por otros miles que militaban en los movimientos territoriales y de desocupados, los que continúan construyendo –no sin cambios y contradicciones– la política desde los barrios y otros espacios alternativos. Es importante destacar que esta forma de entender y practicar la política, no fue sólo un modo de resistir ante los embates neoliberales, sino una manera de constituir espacios alternativos y ensayar propuestas de cambio social desde sus experiencias de vida cotidiana desplegadas en los territorios que habitaban.

Durante el gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007) se emprendieron algunas acciones que son importantes señalar y que delinearán ciertas rupturas en relación con lo acontecido desde su asunción. Una de las primeras marcas de su gestión fue el proceso de reconstitución de la autoridad presidencial y de la legitimidad de la política institucional. En ello tuvo sin duda un fuerte peso la política de derechos humanos, el cambio en la composición de la Corte Suprema de Justicia, la retórica en torno a la dignidad nacional y la convocatoria a romper con el modelo económico neoliberal y con los organismos internacionales de crédito.

Una de las cuestiones nodales que caracterizaron este momento fue el debate sobre las modalidades y espacios que fue adquiriendo la participación política de las juventudes, en el contexto de particulares formas del ejercicio del liderazgo político. Existen numerosos indicios que nos permiten plantear la presencia de un crecimiento de la participación juvenil en estructuras caracterizadas como clásicas. Es decir, en los ámbitos instituidos de participación que consagran las democracias liberales: partidos, sindicatos y grupos de interés.

No obstante lo anterior, nos alejamos de las ideas que enfatizan una supuesta vuelta de la política durante estos años. Como dijimos, podemos constatar una mayor participación de las juventudes en los espacios institucionales, pero esto no significa que las formas de participación vinculadas a espacios autónomos, territorializados y alternativos, hayan desaparecido, ni que la participación de las juventudes en estructuras partidarias sean las únicas legitimadas o visibles en el espacio público. Podemos sostener que conviven las dos modalidades, se entretienen, se solapan, entran en tensiones y se transforman mutuamente. En una palabra, más que en reemplazos, proponemos pensar en superposiciones, pliegues, cruces, tramas y actualizaciones de formas anteriores.

En este período podemos identificar al menos tres vertientes de participación y movilización juveniles: la estudiantil, con los procesos de ocupación de escuelas secundarias en la Ciudad de Buenos Aires y algunas provincias a partir de 2006; la de las juventudes políticas, entre las que se destacan las denominadas juventudes K⁸, pero donde también hay otros grupos; y la de los colectivos territoriales y

8 Con el nombre de Juventudes K se conoce a las distintas organizaciones de jóvenes ligadas al kirchnerismo y que apoyan a los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. En 2012 estas agrupaciones –entre las que se destacan La Cámpora, el Movimiento Evita y diferentes variantes de la Juventud Peronista– confluyeron en el espacio denominado Unidos y Organizados que perduró hasta 2015.



culturales, que mantienen y actualizan sus formas de organización en los barrios, conectados muchas veces con el Estado a través de algunas políticas públicas, además de las ya conocidas formas de represión abierta y cotidiana que vivencian.

Presentaremos a continuación algunas tensiones, divergencias y contradicciones entre estas tres formas de militancia y organización juveniles, e identificaremos cruces, posibles confluencias y elementos en común.

Sin dudas, la constatación del crecimiento de las agrupaciones juveniles kirchneristas, que señalan tanto trabajos académicos como periodísticos⁹, permite hablar de la emergencia de una militancia juvenil con presencia en todo el país que apoya al partido en el gobierno. Ello no se veía desde el retorno democrático. Por otra parte, como lo afirmamos en un trabajo anterior, durante los años de los gobiernos kirchneristas se produjeron cambios sustantivos en las formas de movilización y en las experiencias organizativas de buena parte de los movimientos sociales y políticos de la Argentina, lo cual fue particularmente visible en las organizaciones juveniles (Vázquez y Vommaro, 2012)¹⁰.

Independientemente de las posiciones asumidas inicialmente hacia la presidencia de Néstor Kirchner, los espacios militantes existentes atravesaron inflexiones en cuanto a sus estrategias organizativas que redundaron en el apoyo más o menos directo a estos gobiernos. Asimismo, en este período se crearon agrupaciones que adoptaron una posición oficialista, orientando su capacidad organizativa a apoyar al gobierno, interpretado como parte de un mismo *proyecto o modelo* nacional. En este grupo de organizaciones es posible identificar a muchas agrupaciones juveniles kirchneristas. Entre ellas, La Cámpora es la más visible¹¹. Una primera aproximación a este grupo nos lleva a preguntarnos por la manera como se elabora un relato sobre el origen del colectivo, que conjuga elementos resignificados y actualizados del pasado con hechos recientes, Podemos comenzar reflexionando sobre el nombre de este grupo –alusivo a la figura de Héctor Campora¹²– y la manera en que se construye una lectura acerca del peronismo que permite reinterpretarlo, aspirando a desarrollar un conjunto de prácticas que se sitúan en una relación de continuidad con gobiernos peronistas de los años cuarenta, cincuenta y setenta. Estas interpretaciones acerca del peronismo, por otra parte, condensan sentidos

9 Entre los primeros se analan los de Pérez y Natalucci, 2012; Vommaro y Vázquez, 2012; Nuñez y Vázquez, 2013.

10 Investigaciones actuales permiten extender esta afirmación al período pos 2011, es decir, a los gobiernos encabezados por Cristina Fernández de Kirchner.

11 Para ampliar sobre La Cámpora y otras organizaciones juveniles kirchneristas ver Vázquez y Vommaro (2012).

12 Héctor José Cámpora (1909-1980) fue electo presidente de la Argentina el 11 de marzo de 1973 y asumió la presidencia el 25 de mayo del mismo año. La fórmula que conformó –junto con Solano Lima– permitió el regreso del peronismo al gobierno en una época en la que Perón permanecía proscripto. Su presidencia duró 49 días, ya que renunció para posibilitar la realización de nuevas elecciones en las que se presentó como candidato Juan Domingo Perón. Era conocido como el *Tío* y se caracterizó por expresar al sector de la izquierda peronista y por sintetizar –desde el punto de vista de los militantes– la *lealtad* a Perón bajo cualquier circunstancia.



heterogéneos y recuperan figuras de diferentes momentos que recorren el *primer* peronismo, la *resistencia* y el *peronismo del siglo XXI*, saltando los años menemistas (1989-1999), que no son reconocidos en esta genealogía militante como peronistas, sino como “neoliberales” (Vázquez y Vommaro, 2012).

La construcción de un *relato* que haga inteligible la génesis de este y otros grupos autodefinidos como kirchneristas, es parte de un mismo esfuerzo por explicitar el surgimiento del kirchnerismo y cimentar su legitimidad (Vázquez y Vommaro, 2012). Un elemento llamativo de este *relato* es que, si bien la gran mayoría de dirigentes de estas agrupaciones comenzaron sus experiencias de politización en los años noventa, ya sea en centros estudiantiles universitarios, secundarios o en organizaciones barriales o territoriales; la imagen construida sobre esa época es de apatía y despolitización. Más allá del objetivo instrumental de generar un contraste entre los años menemistas y la ya mencionada repolitización basada en la recomposición estatal posterior a 2003, no deja de ser significativa esta construcción de sentido. Como ya se señaló, no se podrían entender los acontecimientos de diciembre de 2001 y comienzos de 2002 sin tomar en cuenta las experiencias de politización, organización y movilización que se produjeron en los años noventa, durante la larga década neoliberal en la Argentina.

Por otra parte, tanto La Cámpora como varias de las agrupaciones kirchneristas (JP Evita, por ejemplo), son organizaciones que se autodefinen como juveniles. Esta apelación a lo *juvenil* es utilizada como una forma de referirse a un modo de práctica política que se caracteriza como *novedoso*. De esta manera, los conflictos políticos aparecen expresados en clave de disputa generacional, contraponiendo la *joven militancia* con las estructuras caracterizadas como *tradicionales*, sobre todo del Partido Justicialista, pero también del sistema político en general. Ser *joven* se convierte en un valor político, que simboliza una tensión (a veces contradictoria) con las formas de hacer política o gestionar el Estado, consideradas como *viejas*.

Es posible identificar otra manera de apelar a la idea de *juventud*, que se observa en los dirigentes que integran el mundo adulto de la política. La *juventud* es invocada a partir de la coyuntura que les toca vivir a los más jóvenes en la actualidad. Para los dirigentes adultos del kirchnerismo, el contexto actual se presenta como una oportunidad, puesto que existen mejores condiciones para militar que aquellas a las que se enfrentaban quienes fueron jóvenes en *los setenta*. Esta centralidad de la *juventud* entre los dirigentes se observa no sólo en las convocatorias a los jóvenes sino, además, en la inclusión de una agenda política que los contiene. Esto se reconoce en el impulso que tuvieron las diferentes políticas públicas orientadas a la juventud durante los gobiernos kirchneristas, acompañado por la apertura de espacios políticos para los jóvenes.

En este sentido, la militancia de estos años incluye asumir responsabilidades legislativas o de gestión en el Estado. De esta manera, entre los militantes de muchas agrupaciones kirchneristas aparecen términos como *militar una ley*, *militar una política* –pública- o *militar una campa* –electoral-. Se les otorga así atributos militantes a estos espacios en la función pública que seran similares u homologables –desde el punto de vista de los jóvenes kirchneristas- a los que organizan el trabajo en un barrio.



Identificamos entonces dos formas en las que se presenta la relación entre la militancia juvenil kirchnerista –en particular de La Cámpora- y el Estado.¹³ Por un lado, una militancia *desde* el Estado, encarnada por los miembros de la agrupación que además de ser militantes, se desempeñan laboralmente en dependencias estatales de diverso tipo. En esta situación se encuentran desde aquellos que ocupan cargos de gestión y se reivindican públicamente como activistas de La Cámpora, hasta las personas que trabajaban en el Estado con anterioridad y que –producto de la vinculación con La Cámpora- resignificaron su desempeño y sus funciones laborales all . Por otro, una militancia *para* el Estado o *por* el Estado, utilizada para referir a las circunstancias en las que sus militantes se definen como activadores de las políticas públicas, desarrollando prácticas que nombran como *bajar* planes y programas sociales en diferentes barrios o comunas. Es importante señalar que esto contrasta con la concepción de la política que primaba en algunos colectivos de militantes juveniles en los años noventa –que podemos caracterizar como una militancia *en paralelo* o *contra el estado-*, en muchos de los cuales se politizaron los dirigentes de La Cámpora. En el kirchnerismo el Estado es visto como una herramienta de transformación y un escenario de disputas políticas que es preciso ocupar y al que hay que dedicarle esfuerzo y tiempo militante.

Resumidamente, podemos identificar al menos cuatro sentidos diferentes en las configuraciones generacionales, que se expresan en agrupaciones juveniles kirchneristas como La Cámpora. El primero es el referido a la *juventud* como forma de autodefinición o autoidentificación. El segundo, se vincula con la manera de simbolizar conflictos entre generaciones, homologa lo *joven* con lo *nuevo* y se restablece un modo de entender la política que se contrapone con el *tradicional*, asociado a los *viejos* dirigentes. En tercer lugar, la *juventud* se presenta como una apelación realizada desde la dirigencia adulta, en particular desde sus dos principales *conductores*: *Cristina* y *Néstor*. Finalmente, un proceso más amplio de juvenilizaci n de la política, por medio del cual se entiende la exaltación de rasgos juveniles como atributos positivos de los militantes, inclusive entre dirigentes adultos.

Una segunda vertiente de movilizaciones juveniles que identificamos en la Argentina de la última década es la de los estudiantes, sobre todo los secundarios, quienes han protagonizado importantes procesos de organización, que incluyeron la acción directa y la ocupación de edificios públicos. El hecho de que en los procesos de movilización y organización juveniles los colectivos estudiantiles hayan ocupado un lugar destacado¹⁴, produjo un regreso de los estudios acerca de los movimientos estudiantiles secundario y universitario, que eran considerados fenómenos del pasado y habían perdido importancia frente a formas supuestamente novedosas de expresión juvenil ligadas a lo cultural, lo est tico, las experiencias territoriales o políticas alternativas¹⁵.



-
- 13 Seguimos acá el planteo que propusimos en Vázquez y Vommaro (2012).
- 14 Si miramos el movimiento secundario podemos tomar los casos de Chile y, en parte, Brasil. Si nos centramos en las organizaciones estudiantiles universitarias, resaltan los casos de Colombia y México, entre otros.
- 15 Destacamos para el caso argentino, los trabajos de Pedro Nuñez (2011 y 2013), Valeria Manzano (2011), Lara Enrique (2010), Marina Larrondo (2013) y Mariana Beltrán y Octavio Falconi (2011).

En las tomas de escuelas secundarias, que se desarrollaron en las ciudades de Buenos Aires, Córdoba, Neuquén y Río Gallegos, entre otras, entre 2010 y 2012, podemos distinguir la expresión de muchos de los elementos que caracterizaron y caracterizan diversos procesos de movilización y organización juvenil en la Argentina y en América Latina, pudiendo trazar puntos en común con las experiencias de Brasil y Chile que analizamos en Vommaro (2015). Pedro Nuñez expone las diversas formas organizativas que produjeron los estudiantes secundarios en los últimos años, desde los clásicos centros de estudiantes hasta modalidades menos orgánicas e institucionalizadas, pero muchas veces más efectivas para la acción cotidiana y la visibilización de las demandas en el espacio público (Nuñez, 2013: 117). Asimismo, coincidimos con este autor en destacar las ocupaciones de espacios públicos que se produjeron durante las movilizaciones estudiantiles. No sólo las escuelas fueron ocupadas —y habitadas— por los jóvenes secundarios; también las calles, plazas y paredes de las ciudades. De esta manera, los colectivos de estudiantes instituyeron maneras propias de usar, apropiarse y producir el espacio público urbano, muchas veces alternativas a las dominantes. Despliegan una manera rupturista de producir lo común, un espacio otro —resignificado y reconfigurado— para estar juntos. Esto fue particularmente significativo en las escuelas secundarias ocupadas por sus estudiantes. Muchos relatos refieren que durante las tomas se experimentaron apropiaciones y usos de las escuelas mucho más significativos que los que existían en el resto del ciclo escolar (Nuñez 2011 y 2013). En efecto, los estudiantes habitaron y se apropiaron de las escuelas durante las tomas en formas mucho más intensas que en otros momentos.

Esta política de la acción directa y poner el cuerpo (Nuñez, 2013; Vommaro, 2010), se sustentó en la práctica de la participación y la democracia directa, donde se valoraba el involucramiento de todos en la deliberación, toma y ejecución de las decisiones. Asimismo, se buscó el diálogo directo con el Estado, sin mediaciones institucionales o canales que puedan representar a las organizaciones o en los que sea posible confiar y delegar la interlocución con los funcionarios. Entonces, éstos se vieron obligados a dialogar directamente con el conjunto del movimiento o con una diversidad de referentes, delegados o voceros que iban rotando periódicamente y que descolocaban muchas veces tanto a las autoridades estatales como a los medios de comunicación. Este diálogo directo y sin mediaciones, que Nuñez nombra como “desconfianza en la mediación representativa” (Nuñez, 2013: 148), será característico también de las organizaciones estudiantiles chilenas, como veremos más adelante,

Otro punto en común con procesos de movilización sucedidos en otros países es la ocupación del espacio público de una manera productiva y creadora. Es decir, a medida que el espacio público es ocupado —apropiado— es también resignificado y producido, ampliando sus fronteras y sentidos. Esto marca la configuración de una modalidad de apropiación del espacio público que se gesta en los últimos años y que, siguiendo a Manzano y Triguboff (2009), denominamos “forma social ocupación”. Ésta consistía en un modo particular de uso, apropiación y producción del espacio, que instituyó el territorio. En esta ocupación se redefinieron las fronteras



entre las esferas pública y privada. Escuelas y calles, en este caso; tierras, fábricas y rutas, fueron ocupadas por sujetos sociales organizados que expresaban el antagonismo social territorialmente situado y gestaban experiencias autoorganizadas y autogestivas que instituyeron otras lógicas sociales.

Lo privado se tornaba público, al ser ocupado y reformulado por las organizaciones sociales, y lo público se dejaba de asociar únicamente a lo estatal, para dar lugar a los espacios comunitarios. Esta manera de apropiación del espacio devenido territorio produjo un nuevo significado del mismo, que no era ni privado ni público en un sentido estatal. Era otro sentido de lo público, asociado a lo comunitario, a formas no ligadas directa y unívocamente con lo estatal y también en disputa con el mercado.

Un último elemento que destacaremos de las movilizaciones de los estudiantes secundarios en la Argentina es la dimensión inter e intrageneracional del proceso. Por un lado, las tomas de escuelas pusieron en evidencia tanto conflictos o tensiones como confluencias intergeneracionales, entre estudiantes y adultos, sean estos padres o docentes. Muchas veces los estudiantes visibilizaron y defendieron demandas de infraestructura escolar, que bien pudieron haber sido reclamos por la mejora de las condiciones del lugar de trabajo de los docentes, aunque no siempre fueron interpretadas así por éstos. Otras veces, los padres acompañaron las movilizaciones estudiantiles, enfatizando su carácter más general –y no solo sectorial–, lo que permite analizarlas como expresión de conflictos sociales más amplios, que en el caso de la Ciudad de Buenos Aires, se profundizan en un gobierno local de centroderecha. Por otra parte, es importante considerar que no siempre todos los estudiantes secundarios estuvieron de acuerdo con las tomas de sus escuelas y en algunos casos ni siquiera la mayoría de ellos. Esto fue así aun entre estudiantes que participaban en otros espacios políticos y quienes manifestaron su desacuerdo con las tomas en las asambleas realizadas para decidir al respecto. Esto muestra las pluralidades que antes señalamos. Son múltiples y diversos los sentidos de la política entre los jóvenes y las maneras de percibir un reclamo o una forma de práctica pública como legítima o justa (Nuñez, 2013).

Una tercera y última vertiente que presentaremos es la de los colectivos juveniles que despliegan sus acciones en los barrios, ya sea expresando conflictos locales o produciendo acciones culturales, artísticas y expresivas diversas. Ya dijimos que en los últimos veinte años se expresó visiblemente la emergencia del territorio como producción política y la política como producción territorial. Para el caso argentino, el proceso de territorialización que se venía gestando desde años antes adquirió una dimensión cada vez más importante luego de 2001. Otro de los espacios que emergió fue el de las empresas recuperadas por sus trabajadores, en las cuales el papel de los jóvenes fue fundamental, tanto en el proceso de recuperación (donde había que *poner el cuerpo* para defender la toma del predio recuperado) como en la organización productiva y en las actividades culturales abiertas al barrio que se desarrollaron en estas empresas.

En los últimos diez años este proceso de organización a nivel territorial, molecular, continuó y se fortaleció, visibilizándose en el espacio público en algunas coyunturas y concentrándose en el trabajo barrial en otras. En la Argentina actual



los colectivos juveniles en los barrios continúan siendo dinámicas expresiones del conflicto social y disputando con los estados –locales, provinciales o nacionales– recursos, espacios y sentidos de la política, como centros culturales, comedores comunitarios, bachilleratos populares y otras formas de asociatividad y organización, en donde los jóvenes son protagonistas importantes, permanecen y despliegan sus propuestas en sus territorios, aun en una coyuntura de recomposición gubernamental y relegitimación de la política estado-céntrica.

A partir de lo dicho, revisitamos la propuesta de que en los últimos treinta años es posible observar entre los jóvenes un doble desplazamiento. En primer lugar, desde las formas clásicas de organización y participación hacia otro tipo de espacios y prácticas, en los que no sólo no rechazaban la política, sino que se politizaban sobre la base de la impugnación de los mecanismos delegativos de participación y toma de decisiones. Este es el movimiento que signó los años ochenta y más fuertemente los noventa (podríamos fecharlo en el período 1983-2002/3). En segundo lugar, una trayectoria que marca una nueva parábola de recomposición de la política partidaria e institucional centrada en el Estado; un reencantamiento con lo público estatal y con las formas clásicas de participación política. Es decir, el surgimiento de organizaciones que se nombran o autoperceben como juveniles, que se constituyen desde o en diálogo fluido con el Estado y encuentran en las políticas públicas de ciertos gobiernos latinoamericanos (que denominan progresistas o populares) espacios fértiles de acción y desarrollo de sus propuestas. Son grupos que en algunos casos están vinculados a juventudes partidarias y que en todos los casos se presentan como base de apoyo de los gobiernos en cuyas políticas o instituciones participan. Esta es la dinámica que marca el proceso de recomposición que caracterizó a la Argentina luego de 2003. Sin embargo, este regreso de la política vinculada a los partidos y a los canales institucionales propuestos desde el Estado no será una réplica de momentos anteriores. Al contrario, se asentará sobre nuevas bases caracterizadas por tres nociones fundamentales: territorio, politización de lo cotidiano y espacio público en tanto institución de lo común.

Podemos afirmar que si bien las relaciones entre juventudes y políticas se han revitalizado en la Argentina, alimentándose de la recuperación de los canales institucionales, nada volverá a ser como era. La recomposición política que se experimentó en la Argentina entre 2003 y la actualidad se sustentó sobre las bases de las transformaciones en los modos de hacer política, a partir de las grietas que se abrieron en la década del noventa y se consolidaron luego de 2001. Más que regreso, podemos hablar de reactualización o resignificación de elementos presentes en momentos anteriores. Así, entre la disrupción y la integración, entre la continuidad y la innovación, entre los territorios y el Estado se dirimen las configuraciones generacionales de la política de las juventudes argentinas en la actualidad.



Comentarios finales

Las formas de expresión pública de las movilizaciones sociales en la Argentina y América Latina experimentaron diversas transformaciones desde mediados de la década del noventa hasta la actualidad. Entre los jóvenes, estos cambios se expre-

saron en el crecimiento de otros modos de escenificar la presencia colectiva en el espacio público, sobre todo a través de la acción directa (expresada por ejemplo en la toma de un liceo o una universidad, y también en los *escraches* a políticos o instituciones). Estas formas de acción directa están ligadas a las modalidades de democracia directa, que caracterizan la disposición interna de las organizaciones e instituyeron una forma política que hemos denominado en otros trabajos “política con el cuerpo” o “política de cuerpo presente” (Vommaro, 2010). Entre otras cosas, esta modalidad fue una expresión del carácter indelegable y territorial que adquirió la política. Es decir, el cuestionamiento a la posibilidad de delegar la representación del propio cuerpo y la propia voz y la configuración de otra forma de relación entre los colectivos sociales —no solo juveniles— y la política. La acción directa y la política con el cuerpo se volvieron fundamentales, ya que no sólo permitieron enunciar necesidades o aspiraciones; sino que a la vez, instituyeron formas de visibilidad social y de creación de valores y símbolos colectivos. No sólo fue relevante la visibilización de los cuerpos sino además, y fundamentalmente, el proceso que podemos denominar “carnavalización de la protesta, la dramatización de los referentes identitarios, la imaginación para captar la atención de los medios de comunicación, trastoca las relaciones en el espacio público y señala la transformación en los modos de hacer política” (Reguillo 2003:148). Se constituye, entonces, una estética singular, creada en torno a las acciones colectivas juveniles en la que lo político y lo artístico-cultural se encuentran inevitablemente articulados. Las acciones directas que caracterizaron los movimientos juveniles implicaron también un proceso de apropiación, uso y producción del espacio público, instituyendo los espacios públicos no estatales —comunitarios—, produciendo territorios y expresando los desafíos a las formas establecidas que encarnaron estas organizaciones junto a otros sectores sociales.

Asistimos al proceso de institución de formas alternativas de lo público, no sólo en su uso o apropiación, sino también en la producción de espacios públicos no estatales y no mercantiles, a partir de lógicas territoriales y comunitarias. Una concepción de lo público en tanto lo común: una posibilidad para estar juntos con una composición distinta —y a veces en fuga— a las dinámicas hegemónicas que promueven la segregación y la competencia. Esta constitución de lo público, entendido no sólo como lo estatal, se vincula con la forma social ocupación, en tanto modo particular de uso, apropiación y producción del espacio público y la dinámica comunitaria. Si Sennett en los años setenta postuló que el siglo XX fue la época del deterioro de lo público, identificando su proceso de declive y decadencia (Sennett, 1978 [2011]), podemos afirmar que los primeros años del siglo XXI son un momento de nueva expansión de lo público, en una dinámica no exenta de tensiones y disputas tanto materiales como simbólicas.

A partir de las experiencias de Brasil y Argentina, podemos comprobar que las diversidades de las experiencias de politicidad juveniles en clave territorial son múltiples.

Para dejar abierto el debate y continuar pensando e interviniendo en estos procesos de organización y resistencia social generacionalmente configurados, podemos resumir las tres principales características comunes que identificamos en las

